

PRÓLOGO

Londres conserva escrita su historia en sus calles, en sus edificios y parques, en los monumentos de pasadas glorias militares y expediciones coloniales. Es la ciudad menos revolucionaria pero la que más revolucionarios de otros países ha acogido en tiempos de convulsiones continentales. Londres es una ciudad completa que te permite vivir en libertad, en el anonimato, en una frenética actividad cultural o gastando horas y días en lecturas inacabables. Samuel Johnson decía que quién está cansado de Londres, está cansado de la vida.

Antoni Coll podía haber nacido en un barrio de Londres o en un suburbio de Liverpool. Tiene una gran capacidad de observación, mira la realidad con cierta distancia, despliega un aire irónico que mezcla con una sonrisa siempre afable. Le vi admirarse de Londres a finales de los años setenta. Luego ha vuelto muchas veces y ha escrito novelas y columnas sobre sus experiencias londinenses.

Ahora nos entrega El Guía de Saint Paul, un ensayo muy logrado con un único personaje de ficción que hace de hilo conductor y que bien podría ser realidad. Saint Paul's Cathedral ha permanecido durante catorce siglos en el promontorio de Ludgate Hill, a las puertas de la City de Londres, y ha conocido todo tipo de transformaciones debidas a incendios, a las invasiones normandas, a los ataques aéreos de la aviación nazi al comienzo de los años cuarenta, a los rayos que con frecuencia destruían los edificios de madera en los tiempos en los que San Agustín de Canterbury consagró la iglesia en el año 604.

El libro tiene tres escenarios y cada uno envuelve al otro. El marco es la ciudad de Londres, la capital de un imperio, que ha cautivado a millones de personas a lo largo de la historia. La última invasión que sufrió Inglaterra fue la de los normandos en 1066. Nunca ningún pueblo ha podido dominar las islas al otro lado del Canal de la Mancha. Napoleón lo pretendía. Hitler lo intentó con la fuerza bárbara. Londres ha resistido siempre aunque haya acogido a gentes de todos los continentes y todas las culturas.

El primer zoom literario de este ensayo se acerca a Saint Paul's Cathedral, la obra maestra de sir Christopher Wren, el arquitecto que construyó a finales del siglo XVII lo que pretendía ser la gran catedral anglicana, muy cerca de la City y de la Torre de Londres.

Con la ayuda del guía el lector se paseará por las naves de la gran catedral. Observará las tumbas de ilustres militares imperiales como el duque de Wellington y el almirante Horacio Nelson, aquel que dijo en la batalla de Trafalgar que "Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber". Perdió su vida en el fragor de la batalla naval de la que Inglaterra saldría victoriosa.

Fue en la nave central de la catedral donde se celebraron los funerales de Winston Churchill, los sucesivos jubileos de la Reina, la boda entre Carlos y Diana y todos los acontecimientos patrióticos que van acompañados de pompa y circunstancia.

Transitando por sus estancias marmóreas se tropieza con las tumbas del pintor William Turner que plasmó los inmortales lienzos sobre la inclemencia de los mares. También se puede contemplar el mausoleo de Alexander Fleming.

Antoni Coll se detiene en el retablo del altar de una capilla lateral que lleva el título *The Light of the World* y que es obra del pintor prerrafaelita William Holman Hunt. Es un Cristo que aparece con una linterna en la mano y que surge de la penumbra de unos árboles pegados a un jardín.

A partir de ahí, el guía de Saint Paul no se limitará a mostrar lo que se ve y dar las explicaciones rutinarias de

todos los que recitan de memoria para públicos en tránsito. El guía transmitirá lo que fue esta corriente artística y la aventura vital de Hunt, para acabar fijándose en cada detalle del cuadro hasta el sorprendente detalle final.

A partir de este momento y después de que desfilen personajes de la época victoriana, de los muchos años en los que Karl Marx frecuentaba el Museo Británico y escribía *El Capital* y su correspondencia con Friedrich Engels, de exploradores, misioneros y científicos, de políticos que van desde Winston Churchill a Tony Blair, el libro adquiere un carácter más reflexivo y filosófico.

Se consideran los distintos elementos del cuadro con la prosa sencilla pero no exenta de profundidad que ha utilizado siempre Antoni Coll. Habla de las tinieblas que envuelven la escena, la figura de Cristo llamando a la puerta, una puerta que sólo puede abrirse desde dentro, sus ropajes sacerdotales, su doble corona de rey y de espinas, el farol que lleva en la mano y que proyecta una luz amable, que no se impone pero que alumbrá.

Cada objeto de contemplación se convierte en símbolo de valores espirituales, desde la negación a Cristo hasta la fe, por un recorrido muy elaborado que llama en su ayuda al testimonio de grandes personajes de la vida inglesa de los últimos siglos en los que desfilan Chesterton, C. S. Lewis, John Henry Newman, Ronald Knox, Malcolm Muggeridge o Alex Guinness.

Esta es la parte esencial de *El Guía de Saint Paul*, que en su conjunto es un retrato de la cultura inglesa desde la Reforma a nuestros días, con interesantes aproximaciones al diálogo entre la Iglesia anglicana y la católica y otras cuestiones que son de plena actualidad en Europa.

Quienes conozcan Londres o deseen conocerla, quienes se sientan emocionados contemplando la belleza de una catedral, como le ocurrió a Cervantes con la de Sevilla, quienes deseen aproximarse a un movimiento artístico único, no se sentirán defraudados por las reflexiones de Antoni Coll. Y si se preguntan sobre las grandes cuestiones

humanas que han pasado y transcurrido por la gran ciudad de Londres, hallarán un filón de sugerencias basadas en la vida de personas que algún día habitaron en las miles de calles de esta ciudad que parece no tener límites y que visitaron el templo, como lo puede hacer el lector de la mano de un guía con recursos que acaba cautivando al explorador del Londres casi eterno.

Lluís Foix

EL CUADRO

“Este cuadro es una llamada que requiere una respuesta”, solía decir el viejo guía de Saint Paul Cathedral, mientras señalaba la famosa obra de William Holman Hunt *The Light of the World* (La luz del mundo).

Pese a su jubilación el guía seguía acudiendo a la catedral anglicana de Londres en el corazón de la City. Ya no acompañaba a los turistas, que siguen visitando el templo a oleadas. Ya no les guiaba a través de la gran construcción arquitectónica de Sir Christopher Wren, con sus innumerables monumentos dedicados a personajes ilustres y su cripta llena de tumbas y lápidas. Ya no les señalaba aquellas grandes puertas que se abrieron en ocasiones especiales: el entierro de Nelson y de Wellington, los jubileos de la reina, la boda del príncipe Carlos con Diana Spencer, los funerales por Margaret Thatcher... Ya no bromea sobre los 530 escalones que invitaba a subir para contemplar la ciudad desde la cúpula situada a 85 metros.

El viejo guía explicaba en otro tiempo que la actual es la cuarta catedral levantada en el mismo lugar, y que su silueta identifica Londres mejor que ningún otro monumento si exceptuamos la torre del Big Ben.

Hacía notar a los turistas que la cúpula de Saint Paul, parecida a la de San Pedro de Roma, aparece en muchas películas, como *Mary Poppins*, *101 Dálmatas*, *Peter Pan*, *La guerra de los mundos*, *Lawrence de Arabia*, en la carátula de *Mr. Bean* y en el logo que identifica *Thames Television*.

Según el interés que mostraba el grupo, les guiaba a contemplar la tumba de Fleming o la del acuarelista Turner, la del que fue deán de la catedral, John Donne, o la del propio Holman Hunt, el autor de *The Light of the World*.

Sus muchos años de visitas a lo largo y ancho del templo habían castigado sus piernas y ahora debía ayudarse de un bastón para andar. Aún así, no rechazaba enseñar la catedral si se lo pedía un visitante realmente interesado, conocedor de que nadie como él podría ofrecerle una explicación tan detallada.

Eso sí, su explicación se había vuelto selectiva. Le gustaba hablar de Wren, aquel hombre de conocimientos enciclopédicos del siglo XVII, considerado el mejor arquitecto británico de todos los tiempos, y de Hunt, el autor de su cuadro favorito. Si encontraba un interlocutor que supiera apreciarlas, se extendía en consideraciones incluso teológicas, aunque él hubiera rechazado este calificativo impropio de un hombre sencillo que aprendió de su experiencia más que de los libros.

En muchas ocasiones, después de asistir al oficio religioso matutino, se sentaba sólo en una de las sillas de la capilla presidida por *The Light of the World*. Buscaba el consuelo por la muerte de su esposa y una explicación al hecho mismo de la existencia humana, tan lleno de misterio si alguien se detiene a pensarlo.

Con el tiempo había ido descubriendo tantos detalles simbólicos en el cuadro, que si Hunt en persona los oyera se daría cuenta de que su objetivo metafórico estaba más que logrado: las tinieblas exteriores; la puerta sin manecilla exterior, que sólo puede abrirse desde dentro; las hierbas que han crecido junto a ella, signo de que no se abre desde hace tiempo; el rostro sereno de Cristo que llama con una mano mientras en otra sostiene un farolillo encendido, que ilumina suavemente la escena; la doble corona que lleva Cristo, la que da fe de su realeza —¿"Eres tú rey?", pregunta Pilatos. "Sí, pero mi realeza no es de este mundo"— y la de espinas; y, finalmente, esta

túnica de Jesús, ropa sacerdotal propia de quien ofrece en sí mismo “el único y verdadero sacrificio”.

Este libro contiene las reflexiones que hizo el guía sobre el cuadro. No todas fueron hechas en una misma sesión y con los mismos oyentes, sino en diversos días y distintos auditorios. Incluso recoge notas que tomó el guía para una serie de conferencias que le fueron encargadas por el deán de Saint Paul en torno al cuadro, con motivo del centenario de su instalación en la catedral, en las que hace numerosas referencias a escritores ingleses, algunos de nuestra época y otros de épocas pasadas.

Hunt pintó por primera vez este cuadro entre 1851 y 1854 y su trabajo coincidió con su conversión. Se iba convirtiendo a medida que lo iba pintando. Pero esta conversión no sólo fue suya. Mucha gente de la sociedad victoriana de la época quedó removida viendo aquella obra de arte y meditando la leyenda que el autor colocó al pie, según su costumbre de ser explícito en su mensaje. Fue un versículo del Apocalipsis de San Juan, el 3,20: “Here I am! I stand at the door and knock. If anyone hears my voice and opens the door, I will come in and eat with him, and he with me”. (“He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre, yo habitaré con él y él conmigo”, según la traducción habitual).

Por el contexto, parece que Juan escribió refiriéndose a una iglesia, la de Laodicea, que no estaba en comunión con Cristo, pero Hunt interpretó la frase en sentido individual: Cristo espera que le abramos la puerta de nuestra vida.

El cuadro *The Light of the World* fue comprado por Mr. Thomas Combe, alguien que iba a convertirse en el mecenas de Hunt. Era un personaje de la Anglican High Church de Oxford. Hunt, que había sido agnóstico, también simpatizó con esta corriente anglicana, que guardaba mucho parentesco con los católicos.

Al poco tiempo al artista se le abrió definitivamente la puerta del éxito como pintor popular. De su obra se hicieron en Londres, Nueva York y otras ciudades, innu-

merables reproducciones; ilustró muchas portadas de los "Prayer's books"; fue mencionada en mil sermones, y, muchos años después, casi medio siglo, el artista fue requerido para que pintara de nuevo el cuadro, el mismo, pero esta vez a gran tamaño.

En esta ocasión el comprador fue Charles Booth, un rico armador de Leicestershire. El empresario y su mujer quedaron maravillados cuando vieron el gran cuadro, pero el autor no les hizo fácil la adquisición, ya que puso una doble condición: que el cuadro fuera exhibido en Sudáfrica, donde Gran Bretaña había luchado contra los Boers, y que al fin fuera depositado en alguna galería de arte o recinto público para disfrute general de los ingleses. Ambos requisitos fueron aceptados.

El gran cuadro fue embarcado y exhibido por el mundo. Cientos de miles de personas lo contemplaron en Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda y Canadá antes de que regresara a Londres y fuera depositado definitivamente en la catedral de Saint Paul.

Hay por tanto dos cuadros con el mismo tema y del mismo autor, uno realizado en su juventud y otro en su ancianidad. El primero se guarda en Oxford y el segundo puede verse en Londres. Hay aún una tercera versión de *The Light of the World* en la Art Gallery de Manchester. Es una versión muy aproximada a la original, pero salió de los pinceles de F. G. Stephens, un amigo de Hunt en la Pre-Raphaelite Brotherhood.